

# ARTES PLÁSTICAS

## ARTE EXPRESIONISTA ALEMÁN

Por Jasmin REUTER

El Museo de Arte Moderno ofreció durante las pasadas semanas una extraordinaria exhibición de grabados de los mejores artistas alemanes de las primeras décadas de nuestro siglo, patrocinada por la Embajada de la República Federal de Alemania y por el Instituto Nacional de Bellas Artes. El expresionismo, como estilo artístico de una época (y no como objetivo que califica un rasgo cualitativo de algún artista de cualquier época o país) es netamente noreuropeo, y casi podría decirse alemán, aunque justamente sus precursores no fueron germanos: Munch, noruego; Van Gogh, holandés; Ensor, belga; Gauguin y Toulouse-Lautrec, franceses. No se sabe con precisión cuándo surgió el término, mas uno de los primeros en usarlo fue Herwarth Walden en su vanguardista publicación berlinesa *Der Sturm* (La Tempestad, 1911); significaba con él toda corriente progresista de principios de siglo, incluyendo tanto a los alemanes propiamente expresionistas como a los futuristas italianos, a los cubistas españoles y franceses, a los primeros abstractos. En este sentido se trataba, pues, de

la reacción del artista al anquilosamiento del naturalismo y aun del impresionismo de fines del siglo XIX. El primer gran impulso lo dio Munch con su exposición en Berlín en 1892, ferozmente atacada por quienes seguían las normas del academismo imperante, pero reconocida como el camino a seguir por los intempestivos jóvenes que, hartos del filisteísmo, buscaban una nueva ruta para plasmar sus inquietudes.

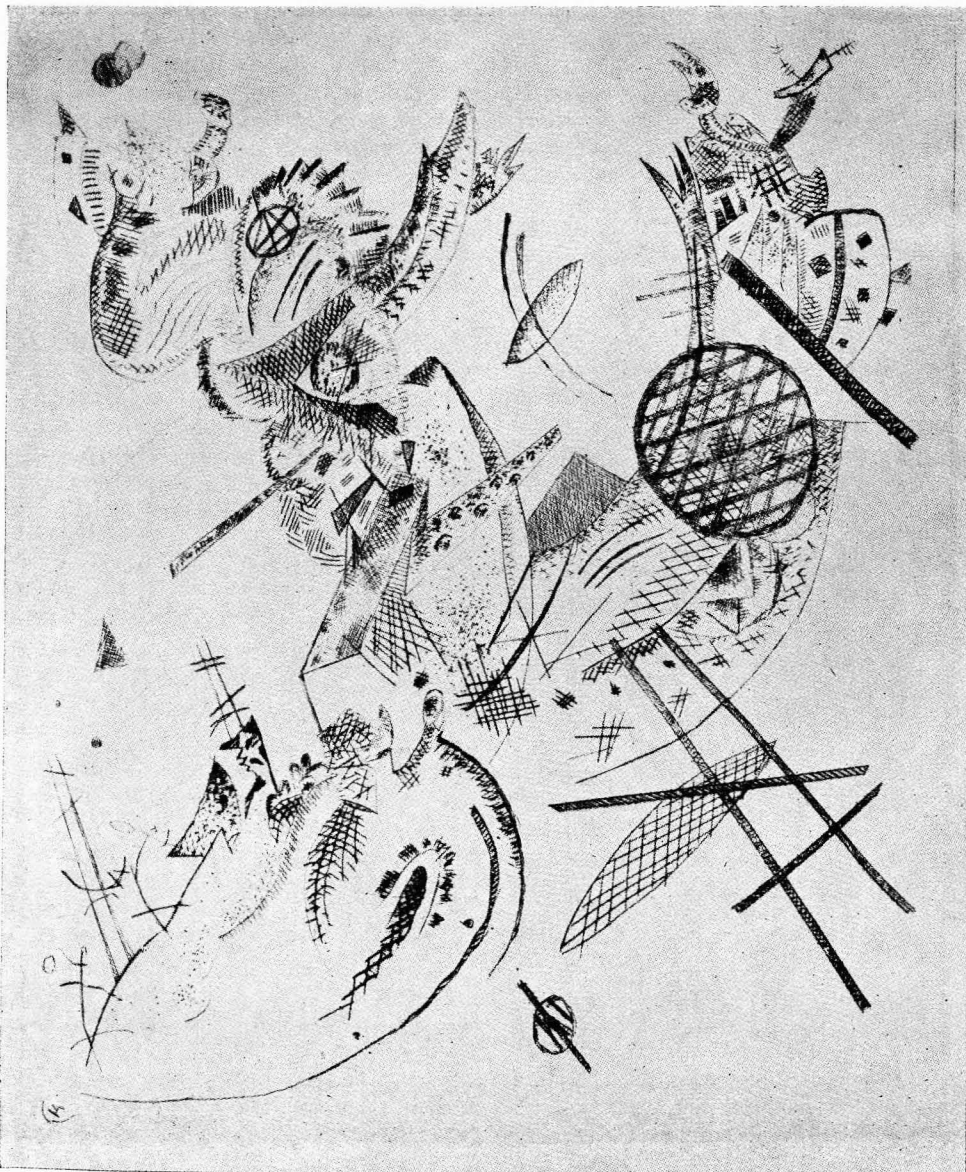
Esta reacción, y el deseo de renovación consiguiente, no se limitó a las artes plásticas; la música y la poesía, la literatura y muy en especial el teatro de esta generación produjeron toda una revolución cultural cuyos benéficos efectos siguen vivos todavía en nuestros días. De la literatura, poco ha sobrevivido; las artes plásticas, en cambio, no pueden imaginarse ya sin la aportación de los expresionistas, vituperados por el nacionalsocialismo como "artistas degenerados", y aceptados hoy ampliamente como generación que ha creado un movimiento artístico cumbre en la historia del arte alemán.

El expresionismo se caracteriza, esen-

cialmente, por la deformación y simplificación formal tendientes a aumentar la tensión y la intensidad de la expresión. Se trata, así, de un arte preponderantemente psíquico y emotivo, individual e individualista. El éxtasis místico predomina sobre el ordenamiento claro; el trazo seguro y fuerte —el dibujo— predomina sobre el efecto logrado por el color (rasgo en que se distingue el expresionismo alemán septentrional del movimiento "fauve" en Francia, tan afín a él en otros aspectos); esta tendencia al contorno como plasmación de vivencias íntimas y personales hizo servir a la mayoría de los artistas de las técnicas del grabado, de raigambre tan antigua en Alemania: el grabado en madera en primer lugar, pero también la litografía, el aguafuerte, técnicas que junto con el dibujo constituyen lo que en otra ocasión hemos llamado la "música de cámara" de las artes plásticas.

Principales centros expresionistas fueron Dresde-Berlín y Munich. En Dresde se formó en 1905 el grupo "Die Brücke" (El Puente) con cuatro jóvenes arquitectos: Kirchner, Bleyl, Heckel y Schmidt-Rottluff; su intención era reunir a los artistas de intenciones similares, pero sin imponer normas programáticas. En 1906 se les unió Nolde, y poco después Pechstein y Otto Müller. Bleyl pronto se desligó del arte, mientras que cada uno de los otros iba desarrollando las técnicas que más convenían a su temperamento: Kirchner, quizá el más inspirado de todos, combina en sus grabados de madera trazos firmes y vigorosos con otros finos, dando así volumen a sus obras; Heckel destaca en la litografía y el grabado en madera; sus esquinados rasgos se inspiran en máscaras y esculturas africanas, al igual que las vigorosas litografías de Schmidt-Rottluff; Otto Müller, el más delicado del grupo, se sirve de la litografía a color para crear el ambiente idílico-melancólico de sus niñas gitanas; Nolde se desenvuelve en el aguafuerte, si bien es más pintor que grabador: el color es para él un medio expresivo esencial, y de hecho se separó bien pronto del "Puente" para seguir su propio camino, el de los reyes magos y los crepúsculos dramáticos. La primera época del "Puente" es paisajística: los pintores salen al campo (como en su tiempo los impresionistas franceses) para entrar en contacto directo con la naturaleza; pero en 1910, conscientes de la limitación que imponía una ciudad relativamente pequeña, se mudaron a Berlín, donde universalizaron su arte presentando aspectos de la vida urbana, aspectos generalmente negativos que solían ser tabú para el arte burgués imperante. La miseria, la prostitución, el circo, el cabaret, la vida obrera se plasmaron entonces al lado de paisajes y desnudos.

En Munich se formó otro grupo de pintores, llamado "Der Blaue Reiter" (El Jinete Azul) según el título de un cuadro de Kandinsky; si el grupo del "Puente", a pesar de no regirse por prescripciones en su arte, presenta cierta unidad técnica y temática, el del "Jinete Azul" está formado por personalidades sumamente diferenciadas, que fuera del deseo de romper con el academicismo, de la revelación común que había sido para ellos el descubrimiento del fauvismo, y



Wassily Kandinsky: De la serie Mundos pequeños (1922)



—Kokoschka



—Heckel

“...sus benéficos efectos siguen vivos todavía en nuestros días...”



Emil Nolde: Retrato, grabado en madera (1906)

de la amistad que los unía, no tienen rasgos artísticos comunes. El alma del movimiento fue Kandinsky, y estrechamente con él Franz Marc; se les unieron Jawlensky, Kubin, Münter, Macke y finalmente Paul Klee; los colores puros representan para ellos valores plásticos fundamentales, para hablar a grandes rasgos; sólo Klee y Kubin, y en cierta medida Kandinsky, son artistas “de la línea”. De aquí que la acuarela y el óleo tuviesen en su producción una importancia mucho mayor que el grabado. Kandinsky se inicia como postimpresionista para establecer en 1910 las bases de una corriente que inundaría el mundo en los lustros siguientes: el arte abstracto. Sus “improvisaciones” y “composiciones” de línea y color reclaman para estos dos elementos el derecho y aun el deber de existir independientemente de todo tema figurativo, gracias a sus valores plásticos puros. Franz Marc es un delicado acuarelista con una pasión por los animales; de suaves contornos realistas al principio, pasan a formar parte de la composición como elementos constructivos junto a otros de carácter cubista o abstracto. August Macke es un lírico del color; Klee desarrolla ya entonces esa gracia irónica en sus dibujos. Y aunque no formaba parte del grupo, Lyonel Feininger era buen amigo de sus integrantes, tanto así que al desahacerse el “Jinete Azul” cuando estalló la primera Guerra Mundial, en la que varios de ellos perdieron la vida, se unió a la comunidad-escuela del Bauhaus junto con Kandinsky y Klee. Las etéreas composiciones geométricas en colores pastel transparentes de Feininger se cuentan entre las obras más bellas de esta época.

La mayoría de los artistas mencionados están representados en la exposición que comentamos, además de otros que pueden llamarse los grandes “independientes”, y que si quiera hemos de recordar aquí: Kokoschka con sus dramáticos retratos; Beckmann, el amargado satírico que desenmascara las mezquindades de la burguesía y que muestra con estrujante vigor las miserias de la ciudad; Otto Dix, el sarcástico posexpressionista; los dos titanes de la escultura expresionista, Lehmbruck y Barlach, con dibujos de frágil intimidad el primero, de telúrica fuerza mística el segundo. Ewald Mataré, bien conocido por sus preciosos bronce de animales, ha cultivado también el grabado, en que el realismo del volumen se convierte en estilizaciones primitivizantes de gran delicadeza. Y por último, Käthe Kollwitz y Gerhard Marcks. De Kollwitz puede admirarse una magnífica colección de 40 grabados, en su mayoría aguafuertes y litografías, de factura excepcional; la muerte, el dolor, la miseria, pero también la estrecha unión de madre e hijo son sus temas conmovedores. Y de Marcks se exhiben varios grabados —sobresale la “Corrida III”—, además de dos esculturas de bronce que el artista obsequia al Museo de Arte Moderno, y de las que hablaremos en otra ocasión.

En suma, la exhibición es excelente. Y con ella queda comprometido el Museo a presentar en el futuro exposiciones de arte universal con cierta frecuencia y de alta calidad. El contacto directo con las obras no es sólo una necesidad estética del público que hay que satisfacer, sino que además puede ser de gran provecho para los artistas del país.